

»Allí, — seguía Honorio, — allí, bien mío, desde ese oculto y ondulante asiento, te mandaré, estampado en el vacío, mi último beso en mi postrer aliento.

»Coronando la hermosa sepultura, ese árbol que ondulando baja y sube, con mi amor y su sombra y su verdura, parecerá un edén sobre una nube.»

Y ante la tumba, de esperanza llenos, las verdes ramas del ciprés veían aquellos ojos de león, serenos, que rara vez los párpados cubrían.

Y transmigrando á una segunda vida, volando hacia el ciprés, los aires hiende, y su sombra, ya á plomo suspendida, cual nevada de luz, sobre él se tiende.

Llega el alma cual brisa que se queda, y después de quedarse no se mueve; luego en el centro del ciprés se hospeda, y fluyendo sutil, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando por dentro del ciprés, se eleva al cielo: son sus brazos dos ramas, y es, bajando, cada pie una raíz que horada el suelo.

Y ya en savia su sangre convertida, en torno circulando, sube y baja, y Honorio en fácil curso, así se anida, de su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas realiza en el ciprés su amante objeto, pues su cuerpo de tronco, y dedos de hojas, forman ya un hombre vegetal completo.

Después de ser un mármol que vivía, un árbol llega á ser, que vive y siente; así en ciprés se convirtió aquel día, cual Dafne y Biblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vió, sintiendo frío, que en carne del ciprés se fué volviendo, en su pecho esperó que, cual rocío, el silencio y la paz fuesen cayendo.

Mas todo era ilusión, porque su estrella le hace, aumentando su inmortal cuidado, hasta en la tumba, y hasta al lado de ella, y hasta amando sin fin, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvaríos, soñando en ser feliz, piensa, inocente, que ya de Soledad los restos fríos quemándole estarán eternamente.

### ESCENA IX

Lo que dicen los árboles

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJE

HONORIO, CONVERTIDO EN CIPRES

### ARGUMENTO

Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés, habla de su amor á Soledad. Se evocan todos los espíritus que, como Honorio, parecen gemir transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido, amante Honorio, de la tumba al hueco, lo devuelve la tumba repetido con la marcada exactitud de un eco.

«¡Ya de tí estoy, — á Soledad decía, — hasta el día del juicio, frente á frente, y esperándote así me aguardaría mil años, y otros mil, y eternamente!

»Oye, — seguía, revelando el duelo, de sus tiernos combates interiores, — por verte vine aquí, cual van al cielo volando los aromas de las flores.»

Ya es Honorio, cual veis, árbol que siente, después que ha sido ya mármol sensible: ¿será este mundo real tan solamente el velo de otro ser que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angustia locas, las almas que echa Dios al purgatorio, convertidas en árboles ó en rocas, nos hablarán también, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia, salvando de ambos mundos el abismo, ¿ejercen sobre mi alma una influencia ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer ó el desencanto de nuestros sueños tristes ó risueños? ¿Quién me diría á mí, que sueño tanto, que acaso son verdad mis largos sueños!

«¿Tal vez porque estás sola y enterrada sientes dolor? — Honorio proseguía. — Si yo pudiera consolarte, nada á las dichas del cielo envidiaría.»

Calla Honorio, y en lánguido abandono, remedando el ciprés su triste acento, resuena como el arpa, cuando el tono en que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos; ya sé por el ciprés que esa alma anida, que sois, uno por uno, ó todos juntos, invisibles testigos de mi vida!

Ya, á costa de mi dicha, he presentado que, al través de este mundo tenebroso, en torno de lo claro y definido, vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no ve el mundo aletargado, más bien que al alma, á su sentido atento, ese otro mundo de ideal soñado, por fatiga, indolencia ó desaliento.

¡Oh inspiración del alma candorosa! ¡Cuántas veces á mí, quiera ó no quiera, divina una atracción, siempre imperiosa, de la terrestre acción me empuja fuera!

La tumba contemplando embebido, Honorio continuaba: «No te alejes; temo, al verte dormida en ese nido, que un soplo te despierte y que me dejes.

»Eternamente gemiré á tu lado, para tí vivo, y para el mundo muerto; estaré en el ciprés siempre encantado, dormido á todo, y para tí despierto.»

Y esclavo satisfecho del ambiente, después que esto el espíritu decía, al impulso del aire mansamente, moviéndose el ciprés, iba y venía.

Y mientras tanto que el ciprés, sombrío, gemidos esparcía solitarios, arrebatado Honorio, en el vacío sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba, el ciprés parecía que, ondulado, en un mental monólogo quedaba, en silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le darían á mi alma joven, de ventura escasa, cuando á impulsos del aire se movían los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora de este árbol que mi padre plantó un día, ¡cuántas cosas, Dios mío, entiendo ahora, que entonces, pobre niño, no entendía!

¿Será un eco el ciprés de mi ventana del acento del padre idolatrado, del triste adiós de la difunta hermana, del ¡ay! del ser de pena asesinado?

Sin duda á todo amante que padece, en nombre de los muertos y los idos, de algún Honorio el alma les ofrece grato festín de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras, las que en forma de céfiros alados, pasando, despertáis á todas horas estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante le anunciáis, susurrando, su destino, con la voz de la madre ó de la amante, desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumentéis, sombras queridas, pues por no hallar olvido en mi quebranto, desgarró con mis manos mis heridas, de sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores, dejadme por piedad, dejadme un poco; que al ver almas gimiendo hasta en las flores, más bien que alucinado, estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida tanto rumor, que soportar no puedo! ¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida, dame luz, dame luz; que tengo miedo!

### ESCENA X

El alma desterrada

LUGAR DE LA ESCENA: *El cielo*

PERSONAJE

SOLEDAD

### ARGUMENTO

Ve Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, á cuya puerta queda de rodillas pidiendo luz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intuición presiente Soledad, desde el cielo donde mora, que la ama Palaciano dulcemente, mientras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante, un amor la profesan verdadero: Palaciano tranquilo y vacilante, sensual Honorio, arrebatado y fiero.

Leal y agradecida, allá en su mente piensa en los dos, y por entrambos ora; mas ella en cuanto á afectos, sólo siente el placer de hacer bien, que la enamora.



Son ellos y ella, en el amor humano, ella, lo que hay en el amor de eterno; las pasiones del mundo, Palaciano, y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba; pero ella, sin pasión, era tan buena, que en otra vida de dolor soñaba, de abnegación y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo, y á sí misma, pensando, se decía: —¿Debo yo redimir su alma sufriendo, pues sufre el infeliz por causa mía?—

Por lástima (¡y quién sabe!), por ternura se enciende su bondad en vivo cielo: ¿podrá ser que, á pesar de su ventura, tenga también sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; mas de manera, que unas veces sintiendo, otras pensando, su ventura, en la gloria, es tan austera, que recuerda el dolor de cuando en cuando.

—¿Por qué seré de Honorio tan querida?— pregunta á su razón su ánimo inquieto: ¡casta flor en los bosques escondida, que no está de su encanto en el secreto!

¡Cuanto incienso á la virtud quemamos, la pureza ensalcemos de su llama; más noble que penar por el que amamos, es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¡Si dichosa redimir pudiera al infeliz que por su amor sufría, á ganar con mil vidas que tuviera otro cielo, y mil cielos, volvería!

De Soledad el pecho, ni en la gloria de afectos de piedad se encuentra lleno, pues sólo le consuela la memoria del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante bajó, soñando, á redimirlo al suelo, los ojos Soledad cerró un instante..., y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió?—Llamó, atrevida, un amor de la tierra á su memoria: ¡quién lleva al centro de la eterna vida pensamientos indignos de la gloria!

Transmigrando por ella, y de amor muerto, de Honorio, el infeliz, pensó en el nombre: pensó tan sólo en redimirle, es cierto; pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada, rezó con santa devoción el Credo; después miró hacia el mundo, y, espantada, no viendo luz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo en derredor sombrío, la creación miró desde su altura; mas sólo halló su vista en el vacío la noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo, le pide un rayo de su luz brillante: ¿cómo ha de ver el sol la que ya ha visto la verdadera luz un solo instante?

Mientras, ciega, en sus horas solitarias, en vano los espacios escudriña, repite fervorosa las plegarias que la enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos, pensó, miró, volvió á pensar, y luego vió con ojos tan grandes como hermosos que, del cielo al salir, todo está ciego.

Mientras los ojos Soledad tenía en la profunda oscuridad clavados, á la puerta del cielo parecía una estatua con ojos animados.

Ni el sitio ve donde la planta asienta; y hasta el sol, allá bajo suspendido, con luz, como la tierra, cenicienta, parecía también casi extinguido.

La pobre Soledad de cuando en cuando aun se vuelve hacia el sol; mas no ve nada, y parece decir, como soñando: —¿Por qué siempre seré desventurada?

Por culpas de otro á padecer comienza, y llora el mal de la primera herida, la que no tiene que sentir vergüenza ni de un solo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo, en aquel limbo, sin dolor, sombrío, sin frío ni calor, fuera del cielo, siente ya ideas de calor y frío.

Aguarda y tiene fe; mas nada alcanza. Y á Dios, que sordo está, ¿qué le pedía? Ni entereza le pide, ni esperanza; un rayo sólo de la luz del día.

De lejos mira atravesar, dolientes, las sombras de los coros celestiales, pues cerraban el cielo, transparentes, así como unas nieblas ideales.

Y un grave son de música sagrada pasar dejaba á su avariento oído la puerta, por un ángel mal cerrada, de aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles encomiando con frases de ventura, la arrulla un coro de almas juveniles, himnos de amor cantando, y de ternura.

Su destierro lamentan, aterradas, las vírgenes de paz que no han sufrido; mas la admiran las almas desoladas, que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías, enviándola palabras de consuelo, el Trisagio cantaban, que Isafas, feliz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva al Dios augusto, de este modo alentaba su paciencia: —Y sabio y poderoso y bueno y justo, nuestra maldad perdona tu clemencia.—

Oyendo el canto con ferviente celo, mientras llega la luz, que tanto tarda, sola, á la puerta del perdón del cielo, como una pobre de pedir aguarda.

Y seguía la noche; y mientras puras dos lágrimas surcaban sus mejillas, se quedó Soledad sola y á oscuras, á la puerta del cielo, de rodillas.

#### ESCENA XI

#### Castigo de Dios

LUGAR DE LA ESCENA: *Entre el Cielo y la Tierra*

#### PERSONAJES

SOLEDAD. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO

#### ARGUMENTO

Desterrada Soledad á la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesús el Mago. La reverberación que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, á tiempo en que caía sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas. Honorio la maldice. Cae otro rayo, que incendia el ciprés. Honorio sale de entre el árbol incendiado, y huye de aquel sitio.

Falto de luz, ajeno de reposo, de Soledad el corazón sumiso, ya empezaba á sentir cuánto es costoso el ganar para otro un paraíso.

Jamás, después de Dios, de afectos lleno, pudo un celeste amor llegar á tanto: purgar la propia falta es noble y bueno; mas pagar culpas de otro es bueno y santo.

A oscuras, sola, y de dolor transida, se acuerda de Jesús, y en su amargura, se siente á este recuerdo estremecida de esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame,» pensó. Jesús, llegando, puso término al fin á sus clamores; pues, su frente de luz reverberando, de él un foco salió de resplandores.

Curar á Honorio de su amor quería; y al ver su propia tumba, ella pensaba que, extinguiendo su cuerpo, extinguiría la causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean en sorda tempestad los elementos, y desde el Norte al Sur chisporrotean, como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que á trechos parecía, en partes encendido, en partes ciego, porque sobre él á la sazón caía una tromba infinita de agua y fuego.

Ve una chispa á sus pies que nace y crece; suena un trueno, la envuelve una centella, se mete entre su luz, y resplandece el rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada, de sus restos mortales en acecho, á la tierra bajó, como sentada en un trozo de sol, pedazos hecho.

Y al caer, su sepulcro calcinando, ni en él dejó de sus cenizas huella, y luego hacía el ciprés su vuelo alzando, ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio á Soledad veía, no estaba aún de la verdad seguro, porque aquella mirada parecía, más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba de Soledad; mas sus pupilas bellas, húmedas otro tiempo, hoy las hallaba sosegadas, y enjutas como estrellas.

Aunque era Soledad, no parecía la misma Soledad que él tanto llora: él amó más que á un ángel todavía, pues amó á una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella, Honorio, eternamente altivo y tierno, extintas viendo las cenizas de ella, dió un grito que era un eco del infierno.



Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,  
de su razón la varonil firmeza,  
cual si le hubiese horrisono partido,  
el retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucían  
de la noche á los lúgubres destellos;  
y crespos por la ira, parecían  
manojos de serpientes, sus cabellos.

Mientras, causando universal espanto,  
le envuelve de volcanes una nube,  
el corazón de Honorio es, entre tanto,  
llama voraz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertía  
de injurias y denuestos un torrente,  
estaba Soledad como estaría  
la tórtola mirando á una serpiente.

Y tanto mal á Soledad desea,  
forjando de venganza atroces planes,  
que Dios, por castigarle, le rodea  
de una explosión completa de volcanes.

Y arde el ciprés, y con mortal desmayo  
ella lo mira, mientras que él, paciente,  
un rayo ve caer tras otro rayo,  
con la altivez de un rey, sobre su frente.

Como estatua de mármol derribada,  
de hinojos, Soledad llora sus duelos,  
llamando sobre Honorio, resignada,  
las bendiciones todas de los cielos.

Y al salir de las llamas abrasado,  
ella le mira consternada y tierna,  
y él la dice, de cólera cegado:  
—¡Que caiga en tí la maldición eterna!—

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,  
del seno de las llamas desprendido,  
como hombre que ha ofendido al mundo entero,  
y que aborrece al mundo que ha ofendido.

#### ESCENA XII

##### La lluvia de esperanzas

LUGAR DE LA ESCENA: *Delante del Sol*

PERSONAJES.—JESÚS EL MAGO. — HONORIO

#### ARGUMENTO

Honorio pide consejo á Jesús el Mago, el cual le dice que obre con arreglo á su conciencia. Jesús el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripción del amanecer. Invocación á Jesús el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la ex-tumba de soslayo,  
prosigue Honorio su aturdido vuelo,  
y encima ya de la región del rayo,  
se encuentra cara á cara con el cielo.

Y avanza inquieto, y cuanto más avanza,  
la causa mira más de sus pesares,  
como el pobre proscrito cuando lanza  
la postrera mirada á sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesús atento  
le contemplaba triste y apacible,  
«¿Qué haré?—le dijo con amargo acento, —  
¿hoy, que el bien para mí ya es imposible?»

«Ten fe, — dijo Jesús; — en Dios confía,  
y no será tu desventura tanta,  
pues al bien puede unirte todavía  
alguna mano cariñosa y santa.

»Tu gusto, aun transmigrando, será el mío;  
sea el juez de tí mismo tu conciencia:  
obre primero, Honorio, tu albedrío;  
que después ya obrará la Providencia.»

*Dice Jesús, y por los aires sube,  
cual blanco grupo de vapor fulgente,  
como yendo á esperar de nube en nube  
al sol, que se elevaba lentamente.*

Y vió Honorio después que, al sol llegando,  
iba del alba entre la luz primera,  
semillas de esperanzas arrojando  
en su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesús las esperanzas vierte  
ante el trono del sol, de Cristo en nombre,  
desde el gran día en que rompió su muerte  
la servidumbre universal del hombre.

Por eso, ya á granel, ya de una en una,  
vierte, hechas luz, en nombre del Ungido,  
esperanzas de gloria y de fortuna,  
de fe, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo  
de una noche de horror borra las huellas,  
y ya el sol, ascendiendo por el cielo,  
recogía á su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,  
de su vida de amor desesperado,  
se oculta en el crepúsculo indeciso,  
entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,  
despojándose van los horizontes  
de esos velos de gasa que á la aurora  
se arrollan á las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,  
ya á la cima del árbol se encarama,  
y tras de una canción otra entonando,  
canta y salta á la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores  
las zagalas en paz se alzan tranquilas;  
pues la luz anunciando á los pastores,  
mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo á circular ligero  
desde el hogar de la feliz cabaña,  
y ya una vez el canto del jilguero  
el eco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesús cruza la esfera  
entre la sombra y el confin del día,  
se oculta Honorio, sin mirar siquiera  
la lluvia de esperanzas que caía.

Y murmuró por fin: — Se acabó todo;  
perdiendo á Soledad, todo lo pierdo:  
pensaré siempre en ella, y de este modo  
viviré, aunque infeliz, con su recuerdo. —

Y por última vez mira á la tierra,  
y el negro rumbo de la noche toma,  
y por no ver ni aun esperanzas, cierra  
sus ojos de león y de paloma.

Y entre tanto Jesús vierte, cernidas,  
semillas de esperanza y de contento  
por entre nubes, que, del alba heridas,  
cual copos de algodón esperece el viento.

¡Feliz mil veces tú, Jesús bendito,  
que el santo honor por Jesucristo alcanzas  
de cruzar ante el sol el infinito,  
derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cual tu Dios fecundo,  
de ensueños, esperanzas y consuelos,  
*urbem et orbem*, la ciudad y el mundo,  
bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora á la naciente risa,  
trayendo dicha, á nuestra puerta llamas  
con voz como el susurro de la brisa  
cuando besa las puntas de las ramas.

De nación en nación, de gente en gente,  
derrama tu piedad tanto consuelo,  
que al que se cree maldito eternamente  
echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que á vivir empieza;  
fe á los que sufren, ilusión al que ama;  
al pobre la esperanza de riqueza;  
al débil, de poder; al vil, de fama.

Yo también, porque alivies mis desvelos,  
de Cristo en nombre, mi oración te envío;  
acuérdate, al sembrar tantos consuelos,  
de este rincón del mundo, Jesús mío.

Por tí al que pierde su esperanza, y llora,  
y reza al comenzar de la velada,  
la perdida esperanza, con la aurora,  
se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;  
mas por la sangre pura del Ungido,  
manda á esa bendición que tú me envías  
que me traiga la dicha del olvido!